

Entonces, para una población de 15 millones de habitantes, esto quiere decir que hay en México tres millones de niños que deberían ir á las escuelas; y si sólo 900,000 están inscritos, quiere decir también que 2.100,000 no concurren á ellas. Sin duda en otros muchos países del mismo nivel social que tiene México acontece otro tanto, y lo mismo pasó en los que ahora ya no sufren de un mal semejante; pero ¿os imagináis á los dos millones y cien mil niños que en estos momentos crecen y van trasformándose en hombres en la República, sin que haya escuela ninguna, ni oficial ni particular, á la que vayan? Los véis desde aquí atravesar, gritando, semi desnudos, nuestras calles; los miráis más lejos, por la ventanilla de los trenes, á la vera de los caminos, pidiendo limosna; los imagináis en los campos, trabajando ya, débiles como son, y con escaso alimento, bajo un sol implacable, pronto convertidos en bestias de carga, para auxiliar á sus padres; los miráis también, pequeñitos, muy serios,—no sonríen,—los miráis en los andamios de las construcciones, en las bocas de las minas, en las obras de las terracerías, hombres antes de serlo?

¿Y no sentís que empieza á fermentar en ellos, á hervir en su corazón un sentimiento amargo? No os hacéis cargo de que piensan ya á ratos, por instantes, en las desigualdades sociales que los afrentan, que no comprenden, que los hunden en su pobreza, que les vedan toda educación redentora.

Vedlos sin embargo: ya crecieron: son dos millones de ciudadanos de mañana, son los que, si pueden, intentarán resolver los problemas sociales y políticos, como los resuelven la ignorancia y las pasiones, como intentan resolver hoy los problemas actuales, aquellos niños de hace unos años que tampoco fueron educados integralmente, aquellos niños que

hoy incendian los bosques del Estado de Morelos, y que siembran por donde van el espanto y la muerte.

Necesitamos impedir á todo trance que esos dos millones y cien mil niños, de quienes la ignorancia y la pasión pueden llegar á hacer destructores de todo progreso, sigan privados de la educación primaria; necesitamos educarlos para que no sean un peligro social; necesitamos prepararlos para que benéficamente intervengan en los futuros asuntos del gobierno.

No se puede calcular, como calculaba el preclaro Díaz Covarrubias, que por cada 500 habitantes se necesita en México una escuela: nuestra población está excesivamente diseminada en un territorio para ella excesivamente extenso; los... 900,000 niños que á nuestras escuelas concurren tienen de hecho, mal atendidos como están, 22,000 maestros; hay por tanto aproximadamente un maestro por cada 200 habitantes.

Los millones y cien mil niños que ahora no se educan, necesitan en suma, más ó menos, 52,000 maestros.—Es un ejército! pensais.—En verdad es un ejército; pero todos los países civilizados lo tienen. El Japón ha logrado bruscamente incorporar su civilización peculiar, en la europea, y enfrentarse con Europa, y ser una potencia de primer orden, porque tiene un ejército aún más grande de maestros: cerca de 150,000 en el año de 1908, sin contar con los de las Universidades, ni con los de las Escuelas Normales Superiores.

Los 52,000 maestros, que para nuestros dos millones y cien mil niños sin educación necesitamos, costarían al país, si les pagáramos \$50.00 cts. mensuales por su trabajo, y si en los libros, el papel, los útiles, la casa para la escuela, gastáramos otros \$50.00 cts. mensuales, 62 millones y medio de pesos.

¿Podiera ser más? ¿Podiera ser menos?